

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 113.

Alicante 18 de Enero de 1873.

Año IV.

UN EMPERADOR Y UNA MONJA.

El hombre cuyo pensamiento imprimía á Europa poco ha un movimiento adecuado á sus miras, ha sucumbido al dolor violento de una de las mas penosas enfermedades. Dios ha juzgado ya á su criatura; la historia juzgará mañana al emperador de Francia derrotado por la Alemania en el desastre de Sedhan.

¿Cuál habrá sido el horizonte abierto á su postrer mirada?

El político del siglo XIX ha dejado envuelta en un caos la vasta sociedad que se revolvia al impulso de su estratégica diplomacia.

El restaurador de Francia desprendiéndose de los brazos del clero que le habia levantado como enseña de orden y libertad para el catolicismo, se entregó á las exigencias del masonismo para despedirse un dia del pais que habia gobernado, dejándole convertido en cenizas de voraz incendio y en ruinas de espantosa anarquía.

Cuando con habil política consolaba al padre comun de los fieles, mientras franqueaba las puertas

de Roma á los enemigos del Papa, Pio IX le escribia en una carta célebre. entre otras, estas palabras: «Pronto nos veremos entrambos en la presencia de Dios, y allí veremos sin duda quién ha obrado bien.» Si Napoleon ha pensado al morir en el prisionero del Vaticano, le habrán dolido en lo íntimo de su corazon aquellas fluctuaciones políticas y aquella insegura fé con que apareció ante la Iglesia.

La unidad italiana llevada á cima atropellando derechos, derramando sangre y derrumbando pueblos, ha sido sin duda uno de los remordimientos postreros del hombre, á quien miró con orgullo, de hito en hito, el ingrato rey del Piemonte, que le debia sus tristes y efimeros triunfos: mañana ese rey del Piamonte se presentará tambien ante Dios á dar cuenta de Italia.

Quizás en su sueño de muerte ha evocado el César de nuestro siglo la imágen de una pobre mujer para que le consuele.

En el fragor de aquel gigantesco combate en que luchaban con ímpetu atronador y violento las dos potencias enemistadas; mientras las

infernales ametralladoras sembraban de cadáveres el campo inmenso de la titánica lucha; entre la estensa polvareda que cual siniestra nube envolvía á los combatientes, se deslizaba serena, salvando los lagos de sangre *una hermana de la caridad*.

Un soldado de Napoleon herido de muerte, pedia con desgarrador lamento un poco de agua para refrescar la sequedad de sus labios quemados por la fiebre; aquella heroína de la caridad, mas valerosa que el Emperador que habia entregado su espada; mas intrépida que sus aguerridos generales, se lanzaba sobre el moribundo con un vaso de agua, mientras que una bala de cañon amputando sus piernas, la hacia caer exánime con las manos plegadas sobre su tranquilo seno.

Es verdad que solo Dios con ser inmensa su grandeza é infinita su sabiduría, puede juzgar á aquellos que colocados sobre el comun de las gentes, han podido influir sobre ellas como astros que alumbran ó como meteóros que espantan. Es verdad que en el término final de la vida del hombre se descorren velos impenetrables, que ponen de manifiesto á la mirada de su espíritu, lo que á ese mismo espíritu le habia parecido inverosímil ó fabuloso durante una carrera triunfante en el mundo; es tambien muy cierto por nuestra ventura, que un ay de dolor verdadero sobre pasados extravios y un acto de amor

al Dios cuya esencia es el amor mismo, son capaces de borrar instantáneamente las manchadas páginas de la mas desventurada historia; pero no hay duda alguna que al traspasar los lindes de la eternidad, ha podido penetrar mas serena y confiada hasta el Solio del Supremo Ser la *hermana* que cayó herida de muerte junto al soldado que reclamaba unas gotas de agua, que aquel Emperador cuyo nombre llenaba los ámbitos del mundo tres años antes de morir.

Haya abierto el Señor los brazos de su inefable misericordia sobre el ilustre finado, y aprendan las grandezas de hoy en el sepulcro del emperador de Francia, las severas lecciones con que la providencia nos apercibe de nuestra miseria.

J. B.

La falta de espacio por la necesidad de colocar original preparado, nos ha impedido dar cuenta á nuestros lectores con mas oportunidad de un hecho que cede en honra, la mas justa, de las señoras que componen la Asociacion de Nuestra Señora de los Remedios.

El dia de Sto. Tomás á las cuatro de la tarde, dicha Asociacion se constituyó en el Asilo de niños pobres que costea, y que como saben nuestros lectores está sito en el Barrio de San Anton, examinando detenidamente el estado de ámbas escuelas y el grado de adelanto de niños y niñas. El resultado satis-

factorio de dicho exámen, movió á las dignas señoras asociadas á distribuir algunos premios entre los niños mas aventajados.

Al dia siguiente se celebró esa fiesta infantil con que saluda la niñez la proximidad de las pascuas, y fueron distribuidos por mano de dichas señoras dulces y turrón en abundancia, que alborozaron sobremanera á la menuda gente, siempre dispuesta á la golosina.

Hoy tenemos que añadir un dato reciente, sobre todo lo que pone en relieve el celo é interés de dicha Asociacion por los niños acogidos:

El pasado lunes fueron regalados unos pañuelos de percal y dos piezas de lana para vestidos, habiéndose distribuido inmediatamente entre los mas necesitados de aquellos niños, puestos á la sombra de la caridad cristiana.

DISCURSOS DE SU SANTIDAD.

Un telégrama de Roma fechado el 8, dice que el Papa habia recibido aquel dia á los directores de las Asociaciones católicas. El presidente de ellas leyó una protesta contra la supresion de las órdenes religiosas, y el Papa contestó, diciendo:

«Ruego á Dios que estos deseos puedan iluminar á los que nos persiguen suprimiendo las órdenes religiosas.

Es para mí un consuelo ver que el catolicismo se conmueve por todas partes.

Roguemos y esperemos. Orad constantemente, porque al fin, Dios nos escuchará. Y como hasta ahora hemos tenido signos de su justicia, tendremos pruebas de su misericordia.»

El dia de Reyes, al recibir á las comisiones de los círculos de la Juventud Católica de Italia, Pio IX pronunció el siguiente notable discurso:

«Lo habeis dicho; las naciones son sanables. Dios es el médico Todopoderoso que cura, no solo los individuos, sino tambien las naciones. Aquí tenemos la prueba. Esta Italia, atormentada por todas partes por tantas opresiones y escándalos, se muestra sana en gran parte, en su gran mayoría, y en vosotros teneis el tipo de esa salud que os deseo conserveis hasta el último momento de vuestra vida.

Me pregunto por qué se hacen tantos esfuerzos por corromper á las naciones é infestar á los pueblos con falsas doctrinas y ejemplos detestables, y repito: *Quare fremuerunt gentes et populi meditati sunt inania?* Este salmo, uno de los que el profeta Rey escribió, se aplicaba á la venida del Redentor.

Y en efecto, desde que Jesucristo apareció sobre la tierra, tuvo que vencer enemigos fuertes y poderosos. Tenia contra sí la idolatria, la sinagoga y las pasiones mas licenciosas, fomentadas por los peores espíritus infernales: pero venció armado del poder de Dios, cuya voluntad y sabiduria triunfan de todo.

Venció en efecto á la idolatría, la dominó y la hizo un objeto ridiculo; venció á la sinagoga, la dominó y la hizo odiosa; venció á las pasiones mas desen-

frenadas y las hizo objeto de desprecio. Vino y la muerte fué vencida por Él, vino y los reyes, como ha dicho el que ha hablado en vuestro nombre, se posttraron á sus pies, reconociendo en Él al rey del cielo y de la tierra. Vino y las puertas del Paraiso cerradas hacia muchos siglos volvieron á abrirse y dieron, dan todavia hoy, y darán hasta la consumacion de los siglos entrada á millares de millones de almas rescatadas por Jesucristo.

Sin embargo, por una razon que nuestra inteligencia no puede comprender, por uno de esos fines ocultos de la Providencia, mientras que derribaba el árbol de la impiedad y aquel árbol caia á sus golpes con estrépito, quedaban sus raices. Hé aquí por qué hoy mismo tenemos que combatir.

No es á la idolatria la que tenemos enfrente, sino la incredulidad y las sectas perniciosas que salen de los antros del infierno. No tenemos que pelear con la sinagoga, sino con el disimulo y la hipocresía. Las pasiones pululan de nuevo y estienden sus estragos por el mundo entero.

¿Qué debemos hacer? Debemos oponernos cuanto nos sea posible á esos nuevos enemigos y emplear contra ellos nuevo vigor, nuevos medios y nuevos esfuerzos á fin de mostrar que si la Iglesia es combatida siempre, nunca es vencida.

No quiero enumerar todos los enemigos, todos los males y todas las pasiones que combaten á la Iglesia; esta enumeracion se os ha hecho por casi todos los Obispos del mundo católico, y yo mismo he leído en estos dias una protesta en

favor de derechos de la Iglesia, una carta pastoral muy digna de atencion escrita por todos los Obispos de Suiza quienes tambien están bajo el peso de la injusticia y de la tirania.

Debemos secundar las instrucciones contenidas en esta carta pastoral, y hacer ver que en Italia se defienden tambien los derechos de Dios y de la Iglesia con el talento, con el corazon y con las manos. Con el talento, no dejando nunca de escribir y hablar en defensa de la religion. Con el corazon, llenando las iglesias, no por seguir la antigua costumbre, sino por elevar nuestras oraciones á Dios: con las manos... aquí solo puedo decir que vuestras manos acaban de obrar justamente segun el impulso de vuestro corazon. Lo habeis demostrado depositando vuestra ofrenda á los piés del Vicario de Jesucristo.

Combatamos siempre con valor y sin ningun miedo. Acordaos de que los enemigos de Dios desaparecen mientras que la Iglesia permanece. El niño Jesús huye á Egipto por evitar el furor de Herodes, pero una noche José fué advertido de que podia volver. *Difuncti sunt enim qui querebant animam pueri.* ¡Oh, cuántos enemigos de Dios y perseguidores de la Iglesia no están ya en este mundo! ¡Cuántos de ellos, despues de haber saciado su rabia y pervertido gran número de almas fieles á Dios han muerto, mientras que la Iglesia ha quedado en pié! *Si ipsi peribunt.*»

Al llegar aquí dicen los diarios que reproducen el discurso:

«La emocion se apoderó de Pio IX, quien, sumamente conmovido, principió

diciendo, en un tono sobrehumano, lo siguiente:

«Pero vos, Esposa querida de Jesucristo, Iglesia fundada por Él; siempre quedais *ipsi peribunt tu autem permanes*, siempre permaneces jôven, fuerte, llena de constancia frente á las persecuciones que limpiándote de las manchas y debilidades te hacen mas fuerte y te hacen verdaderamente la Iglesia militante, llamada justamente así porque debe combatir hasta la consumacion de los siglos. *Ipsi peribunt, tu autem permanens*: permaneces con la enseñanza de la verdad, con la enseñanza de la moral, con la administracion de los Sacramentos, permaneces de mil maneras, mientras que ellos perecen: *ipsi peribunt te autem permanes*. Que esto sea nuestro consuelo, nuestra esperanza, el objeto de nuestra fé. Estamos persuadidos que *ipsi peribunt Ecclesia autem Dei permanebit usque in finem sæculorum*. Trabajemos con este espíritu de fé. Sostengamos con valor la causa de Jesucristo; refutemos las blasfemias de los impíos, y empleemos todos nuestros esfuerzos en impedir que las almas inocentes sean infestadas por pérfidos consejos y funestas enseñanzas.

Hé aquí las cosas que tenia que decirlos. Conservadlas grabadas en vuestra memoria, porque os las he dicho con la mayor expansion de mi alma.

Os bendigo, y con vosotros á todos los italianos, cuyo número se eleva á millones que piensan como vosotros. Si, bendigo á esa Italia que representais y que es objeto de todos mis cuidados. Hay otra Italia que es objeto de mis oraciones, y es la Italia que ha olvidado su verdadera grandeza para correr tras las

miserias y aberraciones de una unidad de quien nadie ha sacado ningun provecho.

Queridos hijos míos, de nuevo os recomiendo que os acordeis de las palabras que acabo de pronunciar ante vosotros. Levanto mis manos y os bendigo á vosotros, á vuestras familias y á vuestros países respectivos. Bendigo vuestros intereses, vuestros viajes, todos los objetos que os pertenecen y que os son queridos. Decid á todos los que quieran oiros que el Vicario de Jesucristo repite, declara y confirma que tendremos grandes tribulaciones, pero que nunca seremos vencidos; decid que la Iglesia será siempre perseguida, pero nunca juzgada; decid, y decidlo bien alto, que esta Iglesia de Jesucristo durará y hará oír su voz hasta el último momento, hasta las últimas convulsiones de la naturaleza y del mundo.

Benedictio Dei, etc.»

Su Santidad contestó al mensaje que le leyó en 1.º de año monseñor Kirly en nombre de los seminarios extranjeros de Roma:

«Si; es un exactísimo pensamiento el que acabais de espresarme; sí, es muy cierto que la Iglesia está fundada *supra firmam petram*. Este es un hecho incontestable y una brillante prueba de que la Iglesia es la obra de Dios. Este fundamento de solidez, de firmeza, de fuerza, es su carácter, que resplandece en todas las épocas, y especialmente en las de persecucion y tiranía.

Si quereis una demostracion de ello, la teneis en el Santo que honrábamos

hace pocos días. San Estéban fué uno de los primeros hijos de la Iglesia católica, y sabemos que él no deseaba otra cosa que anunciar y defender la verdad. Pero la verdad ¡oh hijos míos! era ya combatida entonces por los fariseos, como lo ha sido siempre y lo es en los tiempos actuales por los sucesores de los fariseos: no se quiere comprender la verdad. El proto-mártir San Estéban fué la primera víctima del amor por la verdad; fué sacrificado por los incrédulos y los enemigos de la verdad, y mientras sufría la lapidación, y aun en el momento de entregar su alma á Dios, rogaba por sus enemigos.

No hay duda, la Iglesia ha vencido siempre: las oposiciones, las opresiones, la tiranía no han podido subyugarla. Las piedras que se lanzaban hace diez y nueve siglos al primer mártir, son arrojadas aun en nuestros días contra los defensores de la verdad. Los ministros de Dios, los miembros del clero regular están espuestos á todas las injurias, á las pedradas, á los palos, á las blasfemias. ¡Espectáculo lleno de tristeza! Aquellos mismos que debieran poner un freno á estos desórdenes, hacen como Saulo, guardan los vestidos de los agresores, dándoles así una protección, ó, al menos, mayor libertad de acción para lanzar las piedras sobre los ungidos del Señor.

Pero todo esto produce una cosa muy consoladora: en todas las partes hay un despertamiento de la fe que dá á los fieles el santo valor de dirigirse con un amor lleno de confianza á Jesucristo, y de hablar á los poderes de la tierra con toda la fuerza de sus convicciones. ¡Qué Dios sea, pues, alabado y bendecido en

todas las santas disposiciones de su Providencia!

Imitad, hijos míos á San Estéban: yo os lo recomiendo; vosotros no hareis como él milagros propiamente dichos: *signa multa et prodigia*; pero podeis imitarle de una manera que podria tambien producir milagros. Si; hay milagros al alcance de todos, y yo os voy á citar un ejemplo; el de vencer las pasiones. Un jóven orgulloso convertido en cordero de humildad, he aqui un milagro: otro dado á distracciones poco aficionado al estudio, llegando á ser aplicado, recogido y completo en el cumplimiento de sus deberes: hé aqui otro milagro. Estos son prodigios que yo os deseo hagais; por este medio probareis á la sociedad moderna que apenas cree en los milagros que, mediante la gracia de Dios, se puede cambiar de carácter, que el leon puede convertirse en cordero y el águila en paloma. Y estos son grandes milagros.

Para lograr mejor este fin, os recordaré una exhortación que San Francisco de Sales hacia á cada uno el día de la Circuncision. Decia: «Que cada cual tome una pequeña gota de esta sangre preciosa que sale por primera vez del cuerpo santísimo de Jesucristo, y que coloque esta sangre sobre su corazón; porque cuando el ángel exterminador se presente, al ver esta sangre, seguirá su camino y no tocará á los que la lleven en su seno.»

Yo os dirijo la misma exhortación: poned sobre vuestro corazón una gota de la sangre preciosa de Jesucristo, y no temais nada; el ángel exterminador no se atreverá á tocaros; vosotros no ten-

dreis por qué temer su espada, pero le vencereis y podreis repetir sobre vosotros mismos los milagros de que os acabo de hablar. En este caso, hijos míos, podeis alimentar la dulce esperanza de imitar igualmente á San Estéban en las visiones consoladoras de la última hora, y podeis repetir con el primer mártir: *Ecce video caelos apertos et Jesum stantem ad dexteram virtutis Dei.* Yo veo ese cielo abierto, y mientras que los hombres me persiguen y atormentan, Jesucristo extiende sus brazos hácia mí desde lo alto del Paraiso y envía sus ángeles á mi encuentro: los ángeles vienen á mí para que, al dejar esta material envoltura que llamo cuerpo, pueda volar con ellos al cielo.

Estoy lejos de afirmar que todos vosotros vereis el cielo abierto á vuestros ojos á la hora de la muerte; pero despues de los milagros que acabo de aconsejaros, es cierto que tendreis en esta hora la conciencia tranquila, llena de paz el alma. Podreis decir á Dios: *Fidem servavi.* ¡Oh Dios mio! yo he sido fiel. *Cursum consummavi: in reliquo reposita est mihi corona justitiæ, quam das, juste judex, non solum mihi qui nunc morior, sed omnibus illis qui diligunt adventum tuum.*

Hé aquí los deseos que tengo para vosotros en este primer dia del año y á que voy á acompañar mi bendicion. Os bendigo para que podais alcanzar aquel precioso fin. Os bendigo en vuestros estudios, en vuestras oraciones y aun esparcimientos, en una palabra, en cuanto hagais en la vida por la gloria de Dios. Adelante, queridos hijos, adelante; es preciso no dormirse, porque los tiempos

son malos: *Tempus faciendi, Domine; dissipaverunt legem tuam.* A nosotros, al clero corresponde defender los derechos de la Iglesia, emplearse en la salvacion de las almas, estender por toda la tierra el reinado de Jesucristo.

Dios os llama á tan alta mision, y es grandísimo honor para vosotros el lograr su cumplimiento. Pues fijad vuestros ojos, llenos de fé, en el cielo, y ved á Jesucristo que levanta el brazo en este mismo instante y os bendice sosteniendo el débil brazo de su indigno Vicario.

Benedictio Dei, etc.

MISERIA.

(Leyenda de la edad média.)

Algunos años despues de la venida del Mesias, se veia en lo alto de una montaña una estrecha cabaña, edificada con ramas secas, cubierta de paja, rodeada de un jardin cercado, donde habia un magnífico peral. Allí vivia con el mayor desinterés de los bienes de este mundo, feliz y tranquilo, un buen hombre, Miseria. Poner algunas piedras en la pared, que defendia su cabaña, abierta á las visitas de los lobos, cerrar bien la puerta y la ventana, dar alguna vez un golpe de azada en su jardin, y de tiempo en tiempo coger un palo para ir á dar una vuelta por los castillos que se veian en las inmediaciones, seguido de Leon, un perro delgado, muy poco manso, pero muy inteligente; tales eran las ocupaciones de nuestro huésped.

Cuando Miseria habia llenado sus alforjas de lo necesario, de legumbres se-

cas, de pan bien cocido y de lana para hilar; cuando había reunido en torno de su cabaña algunas ramas de leña; cuando había tapiado con cuidado los agujeros y rendijas de su morada, aguardaba con paciencia los rigores del invierno. Llegado este, era su ocupacion el hilar el lino, oficio productivo en los felices tiempos en que no había hilanderas en los valles del país. Comía con sobriedad; pero no se moría de hambre. En cuanto al frío, se hallaba habituado á él hacia muchos años. Además, le habían dado un jergon y una buena manta, aunque un poco agujereada.

Cierto año, el invierno un poco riguroso, se prolongó mas tiempo de lo acostumbrado. Miseria se encontró con las provisiones agotadas, y esto le incomodaba un poco; mientras le quedó algo, no comía sino su pedazo de pan y su caldo, con tan buen apetito como un rey. Sin embargo, continuó el mal tiempo, y Miseria una noche no tenía mas que dos pedazos de pan. Los dividió para multiplicarlos en cuatro partes, y tomó una y dijo sonriendo: «dentro de tres días veremos.» Poseyendo todavía leña, hizo fuego, y se puso á calentar, cantando con voz trémula las alabanzas al Señor.

De pronto llaman á la puerta. No estando habituado á recibir visitas, Miseria no trataba de abrir á aquella hora; pero, pensando en el frío que debía sentir el forastero, se levantó, y viendo al perro dar saltos de alegría á la puerta, olfatear, arañar, y dar mil señales de reconocimiento, no titubeó en que fuese gente de paz, viendo la gana que tenía el perro de recibirle. En cuanto abrió, entró precipitadamente un hombre todo

cubierto de harapos, amoratado de frío, con cara de morirse de hambre, y le preguntó con voz afable:

—¿No eres tú Miseria?

—Yo soy, respondió el anciano.

—Me han dicho que me darías hospitalidad, y vengo con confianza.

—Habeis hecho muy bien; porque no se dirá que Miseria deja perecer por su culpa á una criatura hija de Dios.

—Que él te bendiga, respondió el desconocido, pues que amas á su Hijo.

A estas palabras Miseria se siente estremecer; una cosa desconocida penetraba en su cuerpo, y sentía renacer el vigor de la juventud.

—Antes de venir aquí, añadió con tono alegre el forastero, he ido primero á las posadas, y me han respondido que no daban albergue á ladrones, y que me marchase inmediatamente. He llamado á la puerta de los castillos, y, ó no querían incomodarse, ó no querían recibir á un desventurado; uno me dijo que me fuese al diablo, el otro que me fuese á la puerta del vecino. Este pretestaba que no tenía sitio ni aun para colocar su familia, y que el pajar estaba ocupado; pero me ha indicado tu cabaña. Tú me has abierto, y te doy las gracias, pues tengo frío, y tú tienes fuego.

El perro lamía con afán los pies casi helados del forastero. Miseria, asombrado, esclama:

—Creo que habeis hechizado mi perro, que es tan malo para todo el mundo; pero no importa, debeis tener hambre, y hé aquí lo que os voy á dar.

Sacó el anciano del armario los tres pedazos de pan, que ofreció al desgraciado, sin acordarse de que fuese su úl-

tima comida. Despues, tendiendo su jergon, hizo acostar al viajero y envolverse en la manta vieja.

El perro se tendió á los pies del nuevo huésped, y el amo de la cabaña se durmió sobre un escabel, cerca de las cenizas calientes.

Un momento antes de amanecer los dos se despertaron, y la primera cosa que hizo Miseria fué el ir á examinar el cielo, para ver si era posible el ir á pedir.

Apenas sintió la tibia brisa de una mañana de primavera, cuando manifestó su gran sorpresa, no comprendiendo tan extraordinario y repentino cambio.

—Tenemos buen dia, le dijo al salir el forastero; dia que podrás aprovechar. En cuanto á mí, te dejo. Pero, replicó con un tono mas grave, me has cedido tu cama, me has dado tu último pedazo de pan, sin saber si podrias proporcionártelo para ti hoy: ¿qué te debo dar por esto? Pide lo que quieras; puedo concederte todo. Tú has obrado segun mis mandatos, y recibirás tu recompensa. ¡Yo soy Jesucristo!

A este nombre santiguóse Miseria, se arrojó á los piés, y dijo al Salvador:

—Ya no me admiro, buen Dios, de lo que hacia Leon. En cuanto á lo que yo quiera... Señor, no tengo necesidad de nada, me encuentro feliz tal como soy.

—¿Estás bien seguro de no querer nada? Piénsalo, Miseria.

—Poca cosa, señor Jesús: tengo un peral que da muchas y muy ricas peras; pero los muchachos del lugar me las vienen á robar; quisiera que cuando subiese

alguno sobre el árbol, no pudiese bajar de él sin mi permiso.

Sonrióse el Salvador, y echó sobre Miseria una mirada celestial; le dió el poder que pedia, su bendicion, y desapareció.

Miseria hizo entonces su oracion con mucha devocion, cogió enseguida sus alforjas, y seguido de Leon, fué á pedir á los castillos de los señores de los alrededores.

Todo el mundo se encontraba, á la vista de aquel dia y del magnifico tiempo, en el camino de paseo, hallándose en él la mayor parte de los señores, á cuyos castillos se dirigia. Uno de ellos, acompañado de vasallos, le gritaba con voz ruda:

—Miseria, pasa al castillo, di que me has encontrado, y que te den, y reza un Padre nuestro por mi intencion.

Mas lejos se le muestra en lontananza, y dominando la altura, una jóven castellana que venia al galope, seguida de sus pajes y de su esposo. Detuvo el impetuoso corcel, y dijo con voz deliciosa:

—Miseria, pobre viejo, hace largo tiempo que no te he visto. ¿Estás siempre bueno? Dile á Mariana de mi parte que te socorra, y sobre todo reza por mí.

Y viva, alegre y sin temor, lanzó su caballo al galope, y desapareció con la rapidez del relámpago.

Miseria se hallaba lleno de felicidad: se dirigió á los castillos, y rebotando de agradecimiento y amor, y dando con emocion gracias á Jesucristo de aquel buen dia, volvió á su cabaña casi encorvado bajo el peso de las limosnas que le daban, y que no tenia ya donde acomodar.

Pasáronse así largos años, sin que el pobre viejo recibiese otra visita; pero cogiendo cada día un muchacho subido sobre el árbol y pegado á él.

Una tarde de verano, cuando apenas quedaban algunos rayos de sol, del que Miseria se libraba guarecido en su cabaña, en medio del valle silencioso sonó una voz lúgubre y vibrante:

— ¡Miseria, Miseria!

Tembló este con todos sus miembros, haciendo estremecer el poyo de piedra sobre que se hallaba sentado. ¿Pero cuál no fué su temor, cuando al volver la cabeza vió á su lado la Muerte, la Muerte misma? Poco á poco fué reponiéndose del susto. Miseria vuelve en sí; sus ojos brillan de pronto con viveza, se queda tranquilo, y responde á la Muerte:

— ¿Qué me quieres?

— ¿El qué quiero? ¿No me conoces? Soy la Muerte: vengo á llevarte.

— ¡Cómo, ya!

— Debes agradecerlo. Arrastrando tantos años una vida de miseria, fatigando á los hombres con tus asquerosos harapos y tus importunas peticiones, la vida debe pesarte: ven, pues, ven; tú no eres ni embustero, ni borracho, ni ladrón; amas á Dios y á tu prógimo, ¿qué temes en el otro mundo? Tú estás viejo y cascado, ¿qué echas de menos en este? Déjame llevarte; mi mano te será suave, amigo, la muerte es el descanso.

— No trato de negarlo; pero entre nosotros puedo decir, que, cuando los hombres no se cuidan de mí, sois demasiado buena para ocuparos de mí. Seguramente estoy viejo y achacoso; mas, sin embargo, os será igual dejarme algún tiempo aquí abajo, y si la vida que llevo

es de las mas miserables, los muchos años que llevo en el mundo, me han habituado á ella, y me gusta llevarla.

— ¿Es posible que los hombres sean tan estafalarios, que los que debian con razon temerme, me invoquen con furor, mientras que otros, á los que yo llevo consuelos, me rechacen? Sin embargo, tendré compasion de tu miseria mas que de tí mismo: prepárate á seguirme, y aprovéchate de algunos instantes que me ha ordenado el cielo te conceda.

— Puesto que no quereis escuchar nada, hay que tomar un partido: al cabo tal vez digais la verdad, replicó Miseria con resignacion: hacedme, pues si gustais, el favor de ir á alcanzarme tres peras del árbol que está allí, y permitidme que, en estos momentos que se me conceden, las coma, ofreciéndolas al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, como un testimonio de mi gratitud por todo lo que me ha sido dado en mi larga vida sobre la tierra.

Por respeto á la Santísima Trinidad, la Muerte quiso acceder al último deseo de aquel cuerpo, cuya alma iba á dejar libre: sube sobre el árbol y coge las tres peras; pero en el momento de bajar el pié izquierdo, se encontró cogida como un pájaro con liga.

Era una cosa estraña el verla así encañada con la mano estendida tomando las tres peras y pegada al mágico árbol, las dos alas colgando como dos largos husos, mostrando su horrible osamenta, y á Miseria sacándole la lengua, y poniéndose el dedo en la nariz. Reia, reia, reia tanto cuanto podia, seguro de que no habia de morir.

La Muerte emplea á su vez la astucia

de las súplicas; nada logró seducir á Miseria: el astuto la responde: amiga mia, me gusta mucho veros sobre ese frutal, y como lo encuentro muy gracioso, quiero dejaros en él al menos un mes. Además, como habeis matado demasiada gente, debeis de estar fatigada, querida mia, y os vendrá bien un descanso en el que respirarán los pobres mortales.

—No serás culpable de ese crimen, exclamaba la Muerte. ¿Crees que todo el mundo me deteste? ¡Oh! desengáñate, que no pudieses tú oír lo que yo oigo, los pensamientos, los deseos, los gritos, las súplicas me invocan por todas partes, me conjuran y me llaman. Por un lado, almas elegidas que codician los tesoros celestiales; allí los que se abrasan de sed y venganza, los que atormenta la ambicion de riquezas y devora un amor impuro: por todas partes corazones ardientes que me aman, me buscan y persiguen; por fea y horrible que soy, cual si fuese la mas jóven y amable, la mas bellas de sus novias. En otro lado están suplicándome con lágrimas, con furor: bastaria un gesto mio para rodearme de las sombras de su apasionada comitiva. ¡Librame! ¡tengo que cumplir en este mundo una alta mision! ¡Si yo le abandono, se aumentaria el vicio, y se apoderaria de él; la tierra se convertiria en un infierno, y no habria cielo para los hombres! Deja, deja, pues, su libertad á la Muerte. ¿No es preciso que yo conduzca los bienaventurados al pié del trono del Eterno? ¿No es preciso que yo purgue la tierra de los malvados, y entregue al demonio á los que le han servido?

—Pues que eres tan deseada y necesaria, quiero consentir en dejarte mar-

char; pero con una condicion, que no vendrás á llevarme sinó á peticion mia ó por órden del Salvador.

—Hac es mal en ponerme semejante condicion; mas te valdria morir ahora y ser feliz en el cielo.

—Posible, posible es, yo estaré siempre á tiempo de llamarte; pero ahora me encuentro bien sobre la tierra. Pero, si quieres dejar ese hermoso árbol, has de jurar antes sobre los Santos Evangelios no volver á acordarte de mi persona ni de mi nombre, hasta que yo te llame tres veces seguidas, ó Nuestro Señor Jesucris to te haya dado un mandato espreso.

La Muerte prestó juramento; Miseria entonces la dió permiso para bajar del peral encantado: dió un vuelo y desapareció por encima de los montes.

El Salvador no ha dado hasta el presente á la Muerte la órden, ni tampoco ha sucedido que el viejo montañés la haya llamado tres veces de seguida: por eso la Miseria existe siempre sobre la tierra.

Facundo Migués.

NOTICIAS.

El reputado escritor inglés Sir Willian Mildorf ha dirigido una expresiva felicitacion á la empresa de *La Ilustracion Española y Americana*, por haber reproducido el bello cuadro de su compatriota Mr. Dobson. *La Fé Cristiana*, es el excelente grabado que hemos visto en las páginas de dicho periódico.

En Madrid reciben educacion cristiana mas de 15.000 niños y niñas, hijos del pueblo, y muchos de ellos son vestidos y alimentados por la caridad, sin recibir un céntimo del gobierno ni contar con renta alguna. Además de las escuelas que sostienen las instituciones católicas, hay un sinnúmero de colegios donde se reciben gratuitamente á los pobres.

La Academia catequística, fundada y sostenida por el Ilmo. Sr. D. Ramon de Ezenarro, canónigo y vicario general que fué de la diócesis de Barcelona, y hoy secretario de la Nunciatura apostólica de Madrid, enseña y educa á 3.230 distribuidos en catorce escuelas, en el interior y barrios bajos de la Côte. Nos complacemos en dar testimonio de esta obra, para excitar con él el celo de nuestros infatigables propagandistas.

La *Juventud católica* de la Habana ha publicado una circular excitando á todos los habitantes de la isla de Cuba á que contribuyan á propagar la religion católica en aquella isla. En dicha circular encontramos el siguiente notable párrafo, con cuyo contenido estamos del todo acordes: «Sabida es de todos, y por todos los buenos llorada la situacion anómala de los ánimos en esta floreciente y privilegiada Antilla, merced á la cual una guerra parricida, cubriendo de cenizas y de escombros una gran parte de ella, ha abierto un sangriento paréntesis que debemos cerrar cuanto antes por todos los medios de que disponer podamos. Pues bien: uno de los medios mas poderosos, quizá el mas poderoso de todos los medios, nos lo ofrece el Catolicismo, la Religion del amor, la única capaz de unir con sus dulces y fuertes lazos los corazones que antes estaban unidos; la única que puede abrir á la luz los ojos de los obcecados, y predi-

car con fruto la fuerza del deber y de la gratitud á esos hijos discolos que desgarran con sus propias manos las entrañas de la comun Madre. Trabajemos, pues, por avivar el sentimiento católico en los habitantes de Cuba; hagamos que impere en los espíritus la idea católica; y desapareciendo entonces los males que deploramos, volverán los tiempos en que Cuba era el pais mas dichoso del mundo.

CULTOS RELIGIOSOS.

Sábado.—En la ayuda de parroquia de la Misericordia dará principio á las cinco de la tarde la novena de San Antonio Abad.

Domingo.—En la Colegial misa conventual á las nueve y cuarto. Por la tarde á las tres y media Mesada del Remedio en la que predicará el licenciado D. José Sanchiz, canónigo doctoral. En Sta. María misa mayor á las nueve. En la Virgen de Gracia misa de renovacion á las ocho y media. En la Misericordia á las nueve, misa y sermon que dirá D. José Juliá, capellan de las Agustinas, en honor de San Antonio Abad. En este dia será la novena por la tarde á las cuatro. En la Santa Faz, á las nueve, misa y sermon que predicará D. Francisco J. de Guimbeu, vicario de la Virgen de Gracia. En las Agustinas á las tres y media el diez y nueve de San José, en el que predicará el referido D. José Juliá.

Martes.—En las Agustinas misa de renovacion á las ocho, y por la tarde á las tres y media el trisagio.

Jueves.—En las Capuchinas misa de renovacion á las siete menos cuarto, y por la tarde á las tres y media trisagio.

Sábado.—En la Colegial misa de renovacion á las ocho.